



SEGUNDA PARTE.

EL IMPERIO

CAPITULO PRIMERO.

ALGO DE HISTORIA.

I.

A las oraciones de la noche del día 28 de Septiembre de..... 866, un hombre de vestidos talares rezaba en un rincón de la catedral de Strasburgo.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada y los ojos completamente cerrados, parecía que la imágen de algún nicho había descendido à los mármoles del pavimento.

En lo plegado de su ceño no se adivinaba la contemplación del misticismo, ni la absorción anacoreta.

La iglesia estaba completamente sola.

Aquel sitio era el más apropiado para dejar arrastrar el pensamiento en la corriente de los sueños.

Aquel hombre, que era un sacerdote peregrino, manifestaba en su porte y elegancia, pertenecer à la aristocracia del clero.

Desde luego se notaba que era extranjero en aquel lugar.

Si un rayo de luz hubiera dado sobre su cerebro, hubiéramos contemplado un mundo de imágenes agitarse como las olas del pensamiento.

Figuras sombrías, sangrientas, espíritus fascinadores, ensueños terribles de ambición y de venganza, atmósfera de luz deslumbradora, y enmedio de aquel torbellino de sangre y de esperanzas, alzarse el pedestal de la gloria satisfechal

Levantóse repentinamente, se santiguó delante del altar; paseó sus miradas por las nubes y las bóvedas y salió de la catedral.

A corta distancia se detuvo y contempló con asombro la fachada del templo, que es dos tantos más alta que los edificios de cuatro pisos que la rodean.

Las campanas daban el toque de *Ave María*.

El clero levantó la vista y la fijó en la torre de filigrana esbelta y majestuosa que prolonga à una altura fabulosa su aguja de remate.

Después de un momento siguió su marcha: atravesó varias calles: al pasar por la plaza de Guttemberg, vió con frío desdén la estatua del grande hombre, y después entrando en un carruaje, se dirigió à la estación del ferrocarril que salía en esos momentos para Viena.

II

En el tren de primera clase se unió con varios individuos y comenzaron à hablar confidencialmente en lengua española.

—Han visto ustedes, dijo un jóven de barba negra y elegantemente vestido, los periódicos ingleses?

—Sí, dijo el clérigo; el *Times* declara que Inglaterra está dispuesta à reconocer la nueva monarquía mexicana el día que el archiduque Maximiliano tome oficialmente el poder.

—El órgano del partido avanzado, dijo un anciano de frente ancha y facciones pronunciadas, el *Sun*, aplaude la restauración del orden en México.

—Puédese decir, replicó el clérigo, y afirmase con verdad que la obra por la Francia, comenzada de concierto con la Inglaterra y la España, y proseguida con el acuerdo tácito de la Europa, recibe hoy de todos la más explícita y solemne confirmación.

—Devuelto así mismo el pueblo mexicano, vuelve naturalmente al orden y à la libertad, y la corona imperial que se levanta para ofrecerla al archiduque de Austria, no haya en Europa sino universales simpatías.

—Todas las potencias, añadió el joven, están dispuestas à reconocerle de un modo oficial; ninguna piensa en abstenerse de hacerlo.

—El clérigo recapacitó un instante y prosiguió:

—El asentimiento de Francia, Inglaterra y España está asegurado de largo tiempo atrás; el de Prusia é Italia no se hará esperar; la Suecia, la Baviera, la Bélgica, la Grecia, la

Holanda, el Portugal, la Dinamarca, en una palabra, todos los Estados del Continente se asociarán á este acto europeo, y el Brasil por su parte se apresurará á reanudar con el nuevo imperio relaciones que vendrán á ser más fecundas y seguras.

—En realidad, dijo el anciano, la cuestión mexicana que ayer se complacían en presentar tan erizada de dificultades, se halla hoy resuelta.

El joven de la barba negra no pareció muy satisfecho, pues hizo la observación de que España al verse fuera de la candidatura para el trono de México, acaso no sería fácil de presentarse al reconocimiento del nuevo orden de cosas.

—En cuanto á la España, replicó el clérigo un tanto exaltado, no hay que temer. España no se halla menos favorablemente dispuesta; por más que á la opinión pública habría alagado más satisfactoriamente la solución mexicana, si la elección de la Asamblea de Notables hubiera llamado á un príncipe de la casa de Borbón.

—Fácilmente, dijo el anciano, se resignará con el ejemplo de desinterés de la Francia, á renunciar á toda pretensión dinástica.

—Sería preciso, añadió el clérigo, ser alarmista hasta el exceso para imaginar que la candidatura del archiduque, puede considerarse desde hoy como un hecho consumado, y que esto, lejos de excitar en Europa desconfianzas y rivalidades, será visto como un beneficio para nuestra patria, y como el mejor garante para la armonía entre nuestro país y las naciones europeas.

La conversación se interrumpió sin que lo notasen ninguno de los actores de aquella escena, tan embebidos estaban en sus ideas y reflexiones.

III

El lector habrá conocido que los traidores que van de viaje para Viena, son los personajes conocidos que formaron la comisión mexicana para ofrecerle al archiduque Maximiliano el trono de México.

La cuestión de México atravesaba por una terrible crisis.

Las miras del mundo civilizado estaban fijadas en esa pequeña fortaleza que se levanta á orillas del Adriático.

De aquel castillo debía salir un hombre coronado á regir los destinos de una nación donde el eco de nombre no había ni aun repercutido.

La diplomacia europea se había presentado ante el foso de

Miramar y llamado con mano atrevida á la apartada estancia de un descendiente de los Hapsburgos.

La Francia era la emisaria de la nueva monarquía.

IV

La hija predilecta del rey Leopoldo, que veía con celo á su hermano cerca del escaño del trono y perpetuarse la dinastía de Francisco y José en Austria, sintió ensanchar su corazón y aquel cerebro calenturiento comenzó á poblarse de ensueños de esplendor que acabaron por dominar á la interesante Carlota de Austria.

El joven hermano del emperador, el antiguo gobernador de Lombardo-Veneto, el grande almirante de Austria creyó en la predestinación de su familia para el solio del universo se sintió en su orgullo la presión de una corona sobre su frente.

Cuando se le anunció que la comisión mexicana se presentaría en Miramar con la acta de la Asamblea, ya un autógrafo de Napoleón III le había puesto al corriente hasta de la respuesta que debía dar á los comisionados.

Unos chambelanes del palacio se dirigieron en carruajes á la estación del ferrocarril de Trieste á esperar á los enunciadlos mexicanos.

V.

Los viajeros de Strasburgo habían caminado treinta y seis horas, cuando los silbidos de la locomotora les avisaron que dentro de breves instantes se hallarían en la grandiosa ciudad de Viena que se extiende magnífica á orillas del Danubio.

La caravana diplomática se dividió en grupos, dirigiéndose como todo extranjero, á visitar lo más notable de la población.

Sorprendente es la vista del antiguo palacio de Belvedere y sus preciosísimos jardines, pebeteros continuos de aromas y cubiertos de exquisitas flores y agradables sombras.

El museo es admirable por lo rico de sus pinturas, donde se hallan las obras maestras de todas las escuelas que venera el arte.

El palacio de José II es de un gusto ornamental exquisito.

En sus jardines está edificado un especie de templo á donde se alza majestuosa la estatua de Tesea, obra del inolvidable Canova.

VI.

Los conventos de Capuchinas y Agustin, en nada han cambiado la forma de la edad media.

Allí se detuvo el clérigo mexicano delante de los sepulcros de los emperadores de Austria.

Su talento filosófico lo dejó inmóvil á la vista de aquella sombría morada último asilo del orgullo humano.

¡La gloria, las hazañas, el heroísmo, todo bajo aquellos pesados mármoles, todo vuelto cenizas!

Este panteón, pensó el clérigo, destinado á los descendientes de María Teresa, guardará vacía la cavidad destinada á Fernando Maximiliano

Esta tumba será la solución de continuidad de la rama de Hapsburgo.

El clérigo pensó en el porvenir y sin querer se estremeció.

¡Una tumba en América!.....¿será abierta por la revolución?

Sus piernas temblaron, un sudor frío inundó su limpia frente y cayó de rodillas delante de las tumbas de los descendientes de Carlo Magno.

Un vértigo se apoderó de sus sentidos y comenzó á ver que las estatuas se movían, que los mármoles de los sepulcros se levantaban donde paso á las sombras de los difuntos emperadores, todos ellos le veían con ojos sombríos pidiéndole cuenta de su joven descendiente.

Influenciado por aquella pesadilla terrible, atravesó las naves de las Capuchinas, el eco de sus pisadas le hacía estremecer, al fin encontró la puerta y despertó de aquel sonambulismo al azotar su frente el aire puro de la noche.

VIII.

El 1.º de Octubre salió la comisión mexicana para Trieste, y al amanecer partió la locomotora con los viajeros nuncios de la monarquía austriaca en América.

El clérigo estaba silencioso, sombrío, su cerebro no se acababa de despejar de aquel horizonte obscuro donde se reflejaban aún las imágenes de aquel sueño horrible. Le parecía que soñaba, á lo que contribuían los accidentes que presenta esa obra del ferrocarril de Viena á Trieste.

—Allí se han vencido cuantas dificultades puede oponer la naturaleza al genio del hombre.

La máquina, seguida de una comitiva inmensa de wago-nes, y respirando agitada y estremecida, escalaba montañas de una altura inmensa, se deslizaba majestuosa sobre viaductos de tres órdenes de arcos, unos sobre otros; penetraba en profundas y largas horadaciones practicadas bajo los montes, atravesando sin miedo sobre puentes tirados, sobre anchurosos ríos. Aquello era un vértigo, era la existencia arrebatada en alas del destino.

Llegó la noche: entonces aquellas nubes negras, respiro perenne de la locomotora, tomaron un color de fuego de donde se exhalaban continuamente chispas que el viento arrebató á largas distancias.

El ruido era el de la tempestad; pero aquella tempestad se iba calmando, el movimiento menguaba con rapidez, y á lo lejos comenzaba á percibirse como una faja negra en el horizonte, las aguas tumultosas del Adriático,

IX.

Dos chambelanes de la casa de Austria esperaban á la comisión mexicana.

La felicitaron de parte de los archiduques, y la condujeron al suntuoso hotel de Ville, en donde estaba dispuesta una magnífica cena y habitaciones lujosísimas.

El anciano que hemos visto en los trenes, fué invitado á pasar al día siguiente al palacio del archiduque.

X.

A los dos días [3 de Octubre de 863], la comisión fué introducida en el palacio de *Miramar*, habitación de Maximiliano de Hapsburgo.

El castillo de *Miramar* es un vasto y lindo palacio, edificado desde sus cimientos por el archiduque, en un cabo ó lengua de tierra que se arroja hacia el mar.

Tiene, pues, un carácter y aspecto, unos puntos de vista de.

liciosos, y se reconoce lo que puede una voluntad firme y enérgica, cuando se ven aquellas áridas rocas, á donde se hace llegar escasamente y con grandes gastos el agua potable, trocados en risueños jardines verdes y floridos, parques caprichosos, enramadas, calles de árboles, corredores, bellos estanques de epos transparentes y purísimos.

Como todo esto se halla formado sobre la montaña, presenta un cuadro de vista mágico; ya se contemple desde la cima, ya se mire desde el pie de la eminencia ó desde el mar.

No lejos del castillo y dentro del jardín, hay una graciosísima habitación, que los archiduques llamaban su casa de campo, y que está dividida en dos departamentos.

Estos sitios deliciosos, están abiertos para el público que os recorre en numerosos grupos, constituyendo el más bello paseo de la ciudad de Trieste.

XI.

Llegó la comitiva á la puerta interior del castillo.

Encontró á los criados en dos hileras, eran muchos, y vestidos con diferentes y riquísimas libreas, unos de marineros, otros de negro con bordados de plata y espada al cinto, otros con chupines blancos é insignias azules, y todos, menos los primeros, de calzón corto, media de seda y zapato bajo de charol.

Por entre todos sobresalían los alabarderos, una especie de gigantes, con barba crecida, sombrero al tres, adornado de galones y pluma blanca, que inmóviles como si fueran de piedra, se hallaban guardando la puerta con su larga alabarda, al parecer de plata, y el asta forrada de terciopelo carmesí.

En la puerta interior, los empleados de categoría de la casa, hicieron los honores de recepción.

XII.

Después de una corta espera, se abrió la entrada de un salón, en el cual estaba el archiduque de pie.

Maximiliano era un joven de treinta y tres años, alto, arrogante; sus cabellos rubios y escasos se dividían sobre una frente despejada; sus ojos, de un azul claro, con la mirada fría y algo paralizada, la nariz recta y levantada en su extremidad, hasta descultir un tanto las fosas nasales; una barba

larga dividida, formando dos grupos que caían hasta el pecho, el bigote más claro aún que la barba, dejaba ver la dentadura superior muy pronunciada á causa de lo entrante de la mandíbula inferior.

Maximiliano conservaba todo el tipo de sus antepasados, parecía una de esas estatuas que se conservan todavía sobre las tumbas de la edad media.

Llevaba ese día solemne el archiduque, un frac azul con botones dorados, pantalón negro, chaleco blanco, y sobre su pecho la cruz de San Estéban, y al cuello el Toisón de oro.

El anciano que parecía presidir la comisión, se adelantó al archiduque, y con voz térmula y cortada, dirigió una breve arenga, cuyos párrafos finales hemos creído deber consignar en estas páginas, y puso en sus manos el acta de la junta de Notables, en que se le proclamaba emperador de México.

“Grandes han sido, dijo, nuestros desaciertos, alarmante es nuestra decadencia; pero hijos somos, señor, de los que al grito de *Religión, Patria y Rey*—tres grandes cosas que an bien se adunan con la libertad—no ha habido empresa por grande que fuera, que no acometieran; ni sacrificio que no supieran arrostrar constantes é impávidos.

“Tales son los sentimientos de México al renacer, tales las aspiraciones de los que hemos recibido el honroso encargo de exponer fiel y respetuosamente á vuestra alteza imperial y real, al digno vástago de la esclarecida dinastía, que cuenta entre sus glorias haber llevado la civilización cristiana al propio suelo, en que aspiramos señor, á que fundéis en este siglo XIX, por tantos títulos memorable, el orden y la verdadera libertad, frutos felices de esa civilización misma.

“La empresa es grande, pero es aún más grande nuestra confianza en la Providencia; y que debe serlo, nos lo dicen bien claro el México de hoy y el Miramar de este glorioso día.”

La acta estaba en un pergamino arrollado y puesto dentro de un cetro de oro, obra de un artista mexicano.

Representaba dos águilas pegadas con una corona imperial: en el pico tenía una serpiente y las rodeaban ramos de laurel y oliva.

Maximiliano permaneció impasible: en vano aquel grupo que había atravesado la llanura del Atlántico, para rendir el primer homenaje al extranjero, buscó en aquella mirada un síntoma que revelase la satisfacción y el orgullo.

El archiduque no abandonó la frialdad serena de su raza.

La comisión creía que Maximiliano levantaría aquel cetro que se le ponía dulcemente á sus pies.

“Señores, dijo el archiduque, estoy vivamente agradecido al voto emitido por la asamblea de Notables en México, en su

sesión de 6 de Julio, y que vosotros estáis encargados de comunicarme.

"Lisonjero es para nuestra casa que las miradas de vuestros compatriotas se hayan vuelto hacia la familia de Carlos V, tan luego como se pronunció la palabra *monarquía*.

"Por noble que sea la empresa de asegurar la independencia y libertad de México, bajo la égida de instituciones á la par estable y libres, no dejo de reconocer, en perfecto acuerdo con S. M. el emperador de los franceses, cuya gloriosa iniciativa ha hecho posible la regeneración de nuestra hermosa patria, que la monarquía no podía ser allí restablecida sobre una base legítima, perfectamente sólida, á menos que la nación toda, expresando libremente su voluntad, quisiera ratificar el voto de la capital.

"Así, pues, del resultado de los votos de la generalidad del país, es de lo que debo hacer depender en primer lugar la aceptación del trono que me es ofrecido.

"Por otra parte, comprendiendo los sagrados deberes de un soberano, preciso es que yo pida en favor del imperio que se trata de reconstruir, las garantías indispensables para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarían su integridad é independencia.

"En el caso de que esas prendas de un porvenir asegurado fuesen obtenidas, y de que la elección del noble pueblo mexicano, tomada en su conjunto recayese sobre mí, fuerte con el asentimiento del angusto jefe de mi familia, y confiando en el apoyo del Todopoderoso, estaré dispuesto á aceptar la corona.

"Si la Providencia me llamare á la alta misión civilizadora ligada á esa corona os declaro desde ahora, señores, mi firme resolución de seguir el saludable ejemplo del emperador mi hermano, abriendo al país, por medio de un régimen constitucional, la ancha vía del progreso, basado en el orden y la moral, y de sellar con mi juramento, luego que aquel vasto territorio sea pacificado, el pacto fundamental con la nación.

"Sólo así podría ser inaugurada una política nueva y verdaderamente nacional; en que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarían en común para dar á México el lugar eminente que parece estarle destinado entre los pueblos, bajo un gobierno que tenga por principio hacer prevalecer la *equidad con la justicia*.

"Tened á bien, señores, dar cuenta á vuestros conciudadanos de las determinaciones que acabo de anunciaros con toda franqueza, y provocar las medidas necesarias para consultar á la nación respecto del gobierno que intenta darse."

Durante este acto solemne, un pintor de Palacio, por orden del archiduque, tomaba sus apuntes para un cuadro históricos.

Pasada la ceremonia, Maximiliano entró en una plática

confidencial, en la que desarrolló las ideas emitidas en el discurso, y los Notables tomaron nota de las siguientes palabras del archiduque:

"He seguido muy atento el movimiento monárquico que se obra en vuestro país. Por las noticias oficiales que S. M. el emperador de los franceses ha tenido á bien comunicarme, y por los detalles contenidos en los periódicos ingleses y españoles, he estado en aptitud de hacer constar netamente sus progresos. He aquí una carta de México, en que se hallan exactamente indicados los puntos adheridos al voto de los Notables. Bien véis que no comprenden sino la cuarta parte de México. Por más que yo esté convencido de que el ejército francés presto librará á las demás provincias de la presión ejercida en ellas, y de que entonces como vosotros me lo aseguráis, la inmensa mayoría sancionará el voto de 12 de Julio, debo á mí mismo, como á la nación á quien consagraré en lo sucesivo mi vida, el no tomar las riendas del gobierno en tanto que la guerra civil esté desolando á México.

"Anunciadme que la mayoría está ya declarada en favor de mi elección, y en menos de veinticuatro horas estaré listo para partir.

"Consideradme como un soldado decidido á responder al llamamiento de la Providencia; mas para que yo reconozca de una manera infalible el dedo de Dios en la misión que acaba de tocarme en suerte, debo insistir en que la voluntad racional se manifieste en términos que no dejen duda alguna legítima sobre la espontaneidad de mi elección."

La comisión quedó sorprendida de la exactitud de aquel razonamiento, y rindió homenaje á aquellos sentimientos del archiduque, declarando unánimemente, que el pueblo mexicano por el momento no deseaba sino obtener la aquiescencia de S. A. I. al voto de 12 de Junio: que en cuanto á la realización de este voto, el mismo pueblo se remitiría gustoso á la cordura del archiduque para la elección de la época.

XIII.

Concluido aquel acto, Maximiliano hizo presentar á cada uno de los miembros de la comisión.

Presentó después á su esposa Carlota, hija del rey de los belgas.

La bellísima Carlota Amalia, tiene una fisonomía interesante, una simpatía profunda, alta, esbelta, majestuosa, unos ojos garzos de donde se desprenden miradas dominantes, á veces sombrías y doloridas, unos labios rojos y una dentadura de marfil, su cabeza perfectamente modelada; en todo aquel

conjunto de contornos y de belleza, hay algo que no está de acuerdo con el arte, y es, que la joven flamenca tiene las manos y los pies un tanto desproporcionados.

La hija del rey Leopoldo, es toda inteligencia é instrucción: educada con esmero, sus dotes naturales realzan como el brillante con el jaquel.

Galante en su trato, delicada en sus expresiones, conoce el lenguaje refinado en las cortes, y es reputada entre el bello sexo europeo como una notabilidad.

Vestía la joven archiduquesa un primoroso traje color de rosa, con una larguísima y regia cola, una corona de flores de listón y gasa del mismo color sembrada de brillantes, un collar de solitarios de un tamaño fabuloso, y un prendedor y pulseras, soberbias, también de brillantes.

Carlota estaba al tanto de los antecedentes de aquellos individuos que formaban la diputación mexicana.

—Caballero, dijo á Aguilar y Marocho, vuestro dictamen pasará siempre por una de las piezas más distinguidas de la época, los obispos mexicanos me han hecho merecidas alabanzas de vuestra persona, y convocan muy buenos recuerdos.

—Caballero, prosiguió dirigiéndose á Velázquez de León, os felicito por los adelantos del colegio de Minería, que tiene fama en la misma Europa.

—Vos, le dijo á Iglesias, sois pariente de una heroína de la independencia de América, así lo dice Alamán en su historia; y me felicito de conoceros.

—Caballero, continuó dirigiéndose á Escandón, habéis emprendido la obra romana del ferrocarril de Veracruz; yo os deseo un éxito completo en vuestros trabajos.

Carlota le hablaba á cada uno en su lenguaje, tocándole los puntos más lisonjeros para su amor propio ó para sus intereses, y todo con un tacto y una discreción admirables.

Regresó á Trieste la comisión, volviendo á Miramar al anochecer invitada por los príncipes á su mesa.

Se hallaba el castillo alumbrado profusamente, la mesa estaba espléndida por su buen gusto, la vajilla era riquísima, y había una inmensa variedad de vinos y manjares.

Durante la comida, una buena música colocada en el salón inmediato, tocó trozos escogidos de las mejores óperas. La conversación fué animada y familiar, los archiduques se mostraban afables con sus huéspedes.

El clérigo estaba asombrado, se creía presa de un sueño de las Mil y una noches estaba deslumbrado.

—Nos tratan como á sus iguales, dijo á su compañero de la derecha, nos consideran como compatriotas, nos alojan como á marqueses y nos pasean en sus coches y buques como á unos príncipes.

—No ha observado usted, le replicó su interlocutor, el ta-

lento del archiduque, qué comprensión tan fácil, qué deseo de instruirse é imponerse de todo, y qué jovialidad sin dejar la dignidad y la firmeza?

—Y la archiduquesa ¡oh! la admirable Carlota, seguramente es el ángel custodio de nuestro emperador, es verdaderamente modesta, hermosa; ya reyna antes de serlo por su majestad sin soberbia, y atrae por su sencillez en el modo de expresarse, siempre con discreción y amabilidad.

—Es necesario, dijo el clérigo, prescindir de nuestro deseo de ser presentados á S. M. el emperador de Austria.

—Para apresurar la partida del archiduque, es preciso aprovechar la salida del paquete de San Nazario, á fin de despachar á algunos de los compañeros á México.

—La nueva plausible de que el archiduque, acepta la corona, unida á las medidas que el gobierno provisional, de acuerdo con el comandante en jefe, dictará para dar al impulso monárquico de México el desarrollo que S. A. I. desea no tardarán en poner al lado del devoto de la Asamblea á la graú mayoría del país.

—Así el archiduque podrá emprender su marcha para su nueva patria en todo Febrero, ó á principios de Marzo próximo.

—Sé que ya está nombrado el inspector á cuyo cargo debe quedar el castillo, encargándole conserve tan deliciosa mansión bajo el mismo pie que hasta aquí.

—Aun hay más, se han señalado habitaciones especiales para los mexicanos que quieran visitar la mansión que fué de nuestros soberanos; por que yo doy todo por arreglado.

—Confesemos que ni aun en sueños creímos ver lo que pasa en estos instantes.

—Imposible; las tradiciones vireinales son pálidas, oscuras, ante un cuadro tan alagüeño.

—Si yo hubiera comprendido lo que era monarquía en vez de invocar á Santa-Anna ó á otro de los nuestros, seguramente hubiera pensado en el joven archiduque.

—El gobierno para tener respetabilidad, necesita de todo este aparato deslumbrador: aquello que pasa en la República es estúpido, la dignidad nacional no se comprende sino entre el lujo de las cortes y los palacios.

XIV.

Un general de bigote cano, que pertenecía á la diputación mexicana y que estaba más retirado del asiento del archiduque, hizo la observación á uno de sus colegas, que la respuesta de Maximiliano no se podría tener como decisiva sobre la

aceptación del trono.

Alarmado el compañero respondió por lo bajo:

— Para obtener el sentido auténtico de la respuesta del archiduque, importa saber que S. A. I. la ha combinado de acuerdo con S. M. Napoleón III, y la ha sometido previamente á la aprobación del augusto jefe de la casa de Hapsburgo.

— Puede ser, dijo el general; pero todo lo que sea aplazar la cuestión, es poner en peligro nuestra causa.

— A la cuerda y previsora sugestión del emperador de los franceses, es á lo que el archiduque ha querido aludir sin embozo, como cualquiera se puede convencer sólo con ver su respuesta, que revela acerca de este punto el perfecto acuerdo existente entre él y S. M. I. Napoleón III.

El clérigo continuaba en su entusiasmo monárquico, no sin obscurecerse su semblante por intervalos.

— Quizás, decía, será porque no he vivido entre príncipes ni en palacios, por lo que hieren fuertemente mi imaginación la vista de Miramar, y más todavía la de los príncipes.

Los que sólo hemos visto lágrimas en los ojos y dolores en el corazón, siendo testigos de grandes miserias y de bastardas pasiones en los que han tomado el cargo de gobernarnos, conduciéndonos hasta la ruina, no es extraño que nos cautivemos con los grandes y heroicos sentimientos de los archiduques.

Ellos se han resuelto á aceptar por patria la nuestra, cambiando su actual ventura por un porvenir que no ha de estar exento de vicisitudes y aflicciones.

Tienen que sacrificar su reposo, su altísima posición en Europa, sus arraigadas afecciones y hasta su familia; esto sólo puede hacerse por obra del Altísimo.

XV.

La comida había terminado; el archiduque dispuso que sus convidados diesen un paseo por el mar.

La noche estaba serena; en el fondo de un cielo obscuro se destacaban millares de luceros; ni una nube empañaba el horizonte.

A lo lejos se oía el golpe de algún remo ó la canción de los marineros.

El vago murmullo de las olas se perdía en la extensión, las linternas de los navíos oscilaban dulcemente al impulso suave de las ondas.

El Adriático parecía aletargarse en un sueño de estrellas y de brisas; la noche era magnífica.

En un bote del castillo entró el archiduque seguido de sus huéspedes, y se desprendieron del puerto á impulsos de los remos.

El faro y las luces de Trieste se percibían entre las sombras del agua y de la noche.

A una corta distancia; es decir á diez minutos de camino, el bote hizo alto.

A una señal dada con pito de marino, el espectáculo varió de una manera sorprendente. Parecía que aquel silbido era una seña mágica, pues al momento se iluminó la costa en toda la extensión del jardín, dejando al palacio de Miramar en medio de los deslumbrantes rayos de Bengala.

A la derecha é izquierda se levantaban esas poéticas luces con los colores del pabellón mexicano, y reflejándose en el espejo del Océano y en los jardines, aparecían con un zócalo extenso y profundo de anchas fajas unidas y trigarantes hermosísimas.

Al mismo tiempo un golpe de música militar resonó en el jardín, dando con su armonía soberbia la última pincelada á ese cuadro verdaderamente encantador.

En medio de aquella imitación fantástica del día, una mirada indagadora hubiera percibido en una de las almenas del castillo á una mujer; como el espíritu que vagara indeciso por la mansión de uno de los hijos de la trágica familia de los Hapsburgos.

Luego que aquellas luces se apagaron y las sombras tornaron á enseñorearse del Océano, se alzó una voz como el eco del génio de la predestinación, que fué arrebatada por las ráfagas de la noche:

*“Massimiliano
Non te fidare,
Torna al castello
Di Miramare.
Quel trono fracido
Di Montezuma
E nappo gallico
Colmo di spuma.
¿Il Timeo Danaos
Chi non ricorda?
Sotta tu clamide
Trovó la corda.”*

Maximiliano inclinó lo cabeza sobre el pecho. Le parecía que aquellos hombres que le rodeaban, eran los espíritus del fatalismo, que impelfan la barca hacia el mar inquieto y tenebroso de sus infortunios.